

Arte autónomo y dramatismo de la identidad

Discurso de Horacio González, director de la Biblioteca Nacional en la entrega del título de Doctor Honoris Causa de UNTREF a Edward Said (p.m.) y Mariam Cortas de Said

Son las excepcionales circunstancias que provienen de conocidos desgarramientos mundiales, los que dictan el espíritu perentorio de este acto universitario en el que se confiere el doctorado Honoris Causa al gran ensayista palestino Edward Said y a la doctora Mariam Cortas de Said, en nombre de su esposo fallecido y en el suyo propio.

Nos gustaría comenzar esta breve laudatoria con la mención de una gran iniciativa cultural. Hace muchos años que estamos acostumbrados a percibir en la actuación de la orquesta del Divan Este-Oeste, un proyecto de profundo atrevimiento artístico y conceptual, que propone situar bajo los auspicios extraordinarios de la música, las premisas de un creativo, urgente e incitante encuentro de culturas.

Este proyecto es fruto de la afortunada concomitancia entre Daniel Barenboim y Edward Said. Se realiza en el seno de variados intereses culturales: la relación de la música con las corrientes estéticas y políticas de una época, y las perspectivas que puede tener el arte autónomo como eximia formulación crítica hacia las más alienadas empresas bélicas de un tiempo histórico específico, que es nuestro tiempo. Quizás pueda decirse que en un momento especialmente complejo de la historia de la humanidad, cada vez más la idea de un arte autónomo y a la vez comprometido, adquiere mayor relevancia y peso teórico. Ni el compromiso desmerece a la autonomía, ni la autonomía deja de brindarle alternativas novedosas al compromiso.

Edward Said se guió por esta zozobra infinita del mundo intelectual, entre la autodeterminación del pensamiento y la tensión que lo lleva a identificarse con un desgarro en la existencia histórica. Pensó el destino de la novela, la pintura y la música influenciadas en su desarrollo por la cuestión crucial de la diferencia entre Oriente y Occidente. Esta diferenciación era de carácter gnoseológico y a la vez invencional, producía grandes ficciones y al mismo tiempo asentaba formas sutiles de dominio, aunque sostenidas en magnas obras artísticas.

Llevando a las últimas consecuencias este pensamiento, Edward Said extremaba la relación entre la novela y el mundo histórico, despedazado por el rigor aterrador de las expansiones territoriales y las guerras. Imaginaba entonces que la novela "es de importancia central para el Imperio" pues la cultura que debe amparar es la misma cultura que también tiene que fundar y expandir. Así ocurre con Robinson Crusoe, la primera gran novela inglesa. No es imposible concluir a partir de aquí que en la novela se expresa una ética conquistadora, se pone en juego el drama de la identidad y la propiedad, y también se genera una mirada dramática, que se basa en la persistente relación entre percepción letrada y señorío político de opresión.

Pero la enorme sutileza de Edward Said es su llamado a ver en el horizonte estético la potencial postulación de un arte autónomo. Las obras portadoras de esa construcción imaginaria llamada

"orientalismo", pueden surgir de un deseo de apoderamiento territorial, pero pueden contener también su grano soterrado de verdad, su oscuro e implícito llamado al saber. Goethe y Sarmiento, cada uno a su manera, fueron orientalistas. Y el orientalismo, cuando no se torna dominación y escarnio, puede ofrecer un síntoma liberador. Esto constituye una paradoja, que como arte del pensamiento, es la arista de mayor tensión que forja la figura misma del ensayista. Esa figura se encarnó privilegiadamente en Edward Said.

En su Teoría Estética, Theodor Adorno afirmaba que en nombre de la reconciliación, las obras avanzadas tienen que borrar las huellas del recuerdo de toda reconciliación. Edward Said se inspira en las orillas del texto adorniano para explorar los múltiples sentidos de la cuestión de lo que el dúctil maestro de la dialéctica negativa llamó estilo tardío.

En este caso, se trata de una reflexión sobre el momento de la despedida, donde se hacen las cuentas finales de un autor y cobran una potencia enigmática todos los aspectos inconclusos de su obra. Said coloca la conocida novela de Lampedusa, *El Gatopardo*, como uno de los testimonios del estilo tardío, mostrando que su fuerza es una paradoja biográfica y política. El autor de esa novela, trata la misma cuestión meridional de Gramsci pero al revés, presentando un punto de vista decadentista, una melancolía revulsiva que rechaza con triste orgullo la noción de progreso. Se pone así de manifiesto la importancia de una novela para retratar una época y para iluminarla por su reverso, si permite descubrir los secretos hilos que la unen al resto de las huellas que pululan en los subsuelos profundos del mundo histórico.

Esta misma paradoja destella en toda la obra de Said, pues cuestiona el canon occidental desde criterios surgidos de ese mismo canon, y luego los revierte sobre la condición palestina, considerada como una identidad acosada que pone a prueba la cualidad misma del intelectual universal.

Esa condición intelectual se muestra abierta, capaz de apartarse de los poderes dominantes sin dejar de mantener un ánimo politizante. Y capaz también de trazar analogías y correspondencias entre las artes. Afinidades y contrapuntos que buscan recintos de tensión fundantes entre la música y la pintura, el ensayo y la filosofía, Oriente y Occidente. En sus diálogos con Daniel Barenboim brota como una savia viva, alojada en sus mutuas biografías, la cuestión de la autonomía intelectual, que es la autonomía misma del arte. Ésta se manifestó en su punto crucial en el palpitante episodio de la interpretación de Wagner en Israel, donde surgen temas como el de la autonomía de la vida musical frente al mundo histórico, las evocaciones de índole social y político que la ideología musical o social del músico pueden poner en expansión mutua, y los paralelismos incesantes entre filosofía y arte, que sin atemorizarnos, podríamos considerar que rondan especialmente el espíritu adorniano. Recordemos que una compleja situación de esta índole, llevaba al gran maestro judeo alemán a pensar que las obras de arte, son culpables a priori de su separación de lo social y que al mismo tiempo su fuerza misteriosa reside en que siempre desean expiar esa culpa. Los temas de la vinculación entre las artes, las posibilidades y obstáculos para su traducibilidad, solo inherentes a ellas mismas, hacen de las conversaciones de Barenboim con Said una continuación, más de dos siglos después, de los problemas que se plantea Gotthold Ephraim Lessing en su obra sobre el *Laocoonte*.

Este principio de la traducción entre las artes es complementario y opuesto al de autonomía, de ahí la complejidad del problema y sus inequívocas resonancias históricas. Del mismo modo, se intrinca el tema de la identidad cuando se presenta en su fondo último, como una manifestación eminente del exilio del ser, que es lo que a veces podemos llamar pensamiento y otras veces, arte.

La palabra culpa viene al caso si la expiamos de contenidos teológicos, aunque estos nunca sean desdeñables para los propósitos que les son específicos. Pero ahora la culpa que se levanta a escala de toda la humanidad requiere de una sabiduría política que hay que extraer de la historia y también de la música y de la filosofía. Resuenan lúgubrememente en nuestros corazones los ataques militares sobre la Franja de Gaza y es menester detenerlos con una gran marcha de la conciencia mundial, con las cuerdas emotivas y los razonamientos más precisos, que atiendan primeramente el paisaje desolador que se muestra a diario luego de los bombardeos. Y que luego sepa utilizar las palabras más precisas, surgidas de lo que Pascal llamaba el espíritu de finura, donde el arte del pensar paradójico y la apuesta sobre el abismo conduzca a imaginar que estamos en peligro pero que también conocemos lo que en tales encrucijadas nos salva.

Nos salvan, como en los tiempos inmemoriales, las vidas ejemplares, que muestran por sus obras y el pensamiento, un camino posible y nunca único, para llegar a entender la violencia, tan solo para quitarle sus argumentos; para llegar a entender la vida de los pueblos a fin de que por los caminos laboriosos que sean, puedan fructificar las razones de la vida en común y no la estrategia de los agresores; para llegar a irrumpir con las literaturas y los grandes textos musicales en la vida de los Estados artillados, para que ellos recuperen los viejos linajes humanistas, hoy soterrados aunque omitidos solo por los insensatos. Daniel Barenboim posee las nacionalidades argentina, israelí y palestina. Asentado en la magnífica amplitud de este trípode cultural, como los anillos que propone Nathan el Sabio, exhibe las marcas ostensibles de una genealogía: es el asambleísta de la paz y de la existencia redimida. Como judío universal, Daniel Barenboim, el decisivo músico (también un ensayista) y el irrevocable ensayista Edward Said (también un músico), ambos con su albedrío característico, demostraron entre los dos el valor de lo que nunca cesa. Es propio de las subjetividades emancipadas y de las identidades dramáticas, con la autonomía de sus visiones artísticas, generar un especial valor para forjar, en la dimensión artística, lo que puede anticipar una nueva forma de justicia territorial en Medio Oriente. Es el valor para decir que ya es hora de hacer que la historia abandone su terrible máscara que escandaliza con el cómputo de víctimas. Ya es hora que al crimen de lesa humanidad le sucedan, de este a oeste y de oeste a este, como en la gran poesía de Goethe, el diván del entrecruce de pueblos y lenguajes, el diván poético de la existencia justa y del repliegue, o mejor decir, de la contricción de las máquinas guerreras.

Doctora Mariam Cortas de Said, la distinción que recibe junto a su añorado esposo, es un acto de autonomía cultural y compromiso estético. Es también un acto que nos enseña que toda identidad es dramática y todo arte libera en su momento postrero su verdadera autonomía, y con ella se entrega al mundo. Es en las circunstancias aciagas donde más puede valorarse el poder simbólico del diálogo, que es un surtidor inagotable y derrota a los cañones. El fructífero encuentro entre Edward Said y Daniel Barenboim nunca cesa porque sus voces siempre serán más perdurables que los desdichados sonidos de guerra.